

XXII.

Ya Cádiz estaba sitiado por Bordesoulle, que no encontró resistencia en su dilatado camino, y seguían las sesiones del Parlamento con la calma de una sublime desesperación; porque á ninguno de aquellos patricios podía ocultarse lo extremo de una situación tan desastrosa; los pueblos pronunciados en masa á favor del régimen en que estaban educados por un fanático clero; los generales adscriptos al sistema liberal ó traidoramente afiliados a la causa contraria, ó en poder de sus enemigos y á merced de sus vengativos rigores, ó bien apurando los recursos del mas bizarro ardimiento, y sosteniéndose á todo trance en

puntos aislados de diferentes provincias; el Monarca dejando llegar los acontecimientos con la sarcástica tranquilidad de quien contaba uno á uno los estertores de la agonía, que pronto habia de concluir con la muerte; sin prestarse á nada de cuanto le era propuesto, y seguro de sus anteriores recelos; porque habia pasado el tiempo en que su cabeza pudo ser como la de Luis XVI un guante de desafío á los conatos de invasión estrangera.—El general Sanchez Salvador, ministro de la Guerra, no pudo resistir á los golpes sucesivos, que venían á hundir un sistema de que era ardiente prosélito, y viendo frustrados dia por dia los planes con que se prometió contrarestar la intrusión francesa, y noticioso ya de la cobarde defecion de Morillo, ya de la derrota de Riego, ya de las bizarrías infructuosas de San Miguel, Mina y Manso, puso término á sus crueles angustias con el suicidio.—Inglaterra quiso interponerse entre el absolutismo y la libertad; mas ya no cabía su intermision, porque la coalicion absolutista inclinaba de su lado la balanza de los destinos continentales, y así lord Eliot fué recibido con sequedad por Angulema, quien le declaró absolutamente que solo podia entrar en tratos con Fernando VII cuando le creyese libre.—Antes el Duque estuvo en corresponden-

cia oficial con el Soberano Español; dictándole condiciones como de parte de Luis XVIII, que consistian en la concesion de una amnistia lata; convocacion de Córtes á la antigua usanza, y generalidades de garantías de órden justicia y acertada administracion. El Rey firmó con la mayor indiferencia una contestacion redactada por los ministros constitucionales en que se destruian los hipócritas asertos del Príncipe francés, demostrando lo inconveniente de sus proposiciones, y procurando la interposicion del gabinete inglés altivamente desairada por la Alteza de Francia.—Fernando VII se proporcionó medios de comunicacion directa y recatada con el Duque para que apesar de la correspondencia, que suscribia como Rey Constitucional, insistiera en no tratar con él en el supuesto de conceptuarlo sujeto á la insinuacion de voluntades estrañas.—El Trocadero, posicion importante por la defensa de los castillos Fuerte-Luis y Mata-gorda, quedó por los franceses, no sin una alentada defensa de parte del coronel Grases, mandando casi en totalidad fuerza ciudadana, que se sostuvo con la mayor bizzarria hasta el último trance.—La pérdida del Trocadero abatió las postreras esperanzas del gobierno constitucional, y pensó en recurrir á los armisticios como final recurso; pero en vano pasó al campo fran-

cés el general Alava con una carta de Fernando VII en solicitud de una transaccion honrosa, porque Angulema se parapetó en el concepto de cautividad del Rey. Volvia el general español con otra misiva régia preguntando qué entendia el Príncipe francés por libertad real, y qué preliminares podia establecer para los tratos, contestando el Duque que la Magestad Cristianísima solo hacia la guerra *«al partido que tenia prisioneros al Rey y real familia en Cádiz,»* y que solo consideraria libre á Fernando enmedio de las bayonetas francesas en el Puerto de Santa María.—No quedaba medio al constitucionalismo para salir con decoro de tan funesta situacion. Prolongar el sitio de Cádiz era casi imposible; convenir en que el monarca pasara al campamento de Angulema era abrir la puerta al mas desenfrenado absolutismo.—Se convocaron las córtes estraordinarias, cerradas haria un mes; y se adoptó un término medio para la conferencia entre el Soberano y el Príncipe-Generalísimo, proponiendo un campo neutral; mas esta vez ni aun pudo conseguir el general Alava que Angulema le recibiese, y las operaciones del bloqueo redoblaron, procurando facilidad á empresas mas serias.—«Los gaditanos (dice un festigo ocular, que ha suministrado muchos antecedentes al autor de esta crónica) veían á Fernando Séti-

«mo entretenido en remontar cometas de colores desde las azoteas de la Aduana. Unos decían: «¡Qué imbécil! Juega en momentos tan críticos!»—Otros añadían:—«¡Qué puerilidad!»—Algunos, y entre ellos los nacionales de Madrid, que conocían de lo que «era capaz el buen señor, sospecharon lo cierto, y era que las tales pandorgas servían de «signos de una telegrafía convenida entre el «Rey y los franceses. Guillemínót al saber por «el color de los panderos las comunicaciones «se admiraba de que los gaditanos no cayesen en la cuenta de que el entretenimiento «de Fernando descubría los secretos de la «plaza, y mas de una vez exclamó: ¡oh les pauvres diables!»—Los cohetes de las baterías francesas prendieron fuego en el arsenal de la Carraca y la escuadra en combinacion con las líneas de tierra tomó el fuerte de Sancti-Petri, quedando al descubierto la entrada de la Isla.—Escaseaban viveres y municiones en la ciudad sitiada; parte de las fuerzas habia desertado, y una sorda agitacion cundía en las restantes; ya porque no se convenia en punto alguno que garantizase su suerte en la futura inminente rendicion; ya porque otros trataran de reconciliarse con la causa absolutista dando el golpe de gracia al espírate liberalismo; no faltando agentes que promovieran la insubordinacion por los medios

mas eficaces al propósito.—Los nacionales de Madrid, testigos mas inmediatos de las repetidas perfidias de Fernando, eran los mas animados contra él, y habia que contenerlos á cada paso para evitar que las tramas liberticidas del Escorial y el Pardo no tuvieran una sangrienta espiacion en la persona del desleal Monarca.—Guillemínót supo por las señales convenidas con el Rey que le amenazaba la desesperacion de unos hombres tan reiteradamente vendidos y amenazó pasar á cuchillo á todos los constitucionales asilados en Cadiz si la real persona sufría el mas mínimo detrimento. El insigne Valdés replicó con desdeñosa indignacion que la Magestad estaba infinitamente mas segura bajo la salvaguardia de la lealtad española que bajo la impresion del miedo á la espada estrangera; que la ley de la fuerza autorizaba á vencer los enemigos; de ningun modo á denostarlos.

El batallon de San Marcial, reputado hasta entonces por uno de los cuerpos mas decididos por las libertades públicas, y encargado en tal consideracion de un punto defensivo de estrema importancia se sublevó seducido por recatados agentes de la reaccion, lográndose cortar el movimiento con sangre de los rebeldes; pero la gangrena se habia declarado harto en aquel cuerpo para no temer que contaminase á los demas.—Los ge-

fes militares hicieron presente al Congreso que la desmoralización era la consecuencia de un estado semejante, y que no respondían de la obediencia de una hueste, reducida á trance tan duro, sin vislumbre de seguridad en el porvenir, y en expectativa á los desastres de una rendición sin condiciones. Las cortes conociendo que no restaba esperanza alguna, autorizando al gobierno para entrar en negociaciones con el enemigo, se declararon disueltas; no sin protestar contra cuanto se hiciese en menoscabo de los derechos correspondientes á la nación. El gobierno por su parte acordó en 26 de Setiembre la libertad del Rey para el inmediato; pero los nacionales de Madrid, promoviendo una asonada, irritados por la esposición en que se dejaba á la saña formidable del bando absolutista sin género alguno de capitulación, declararon que para salir de Cádiz Fernando VII tendría que hollar sus cadáveres. —En este conflicto el gabinete tornó á enviar al campo francés al ilustre general Alava, que sacrificó hasta su amor propio en aras de la conveniencia de su partido, y no solo recibió una negativa destemplada del Duque, sino que al enterarse los soldados de Luis XVIII de que el comisionado español solicitaba garantías para los constitucionales de Cádiz prorrumpieron en murmullos amenazadores, repi-

tiendo era preciso se entregaran á discreción.

Los ministros se avistaron con el Rey desesperanzados de inclinarle á la moderación en el ejercicio del poder absoluto que pronto había de recuperar con el auxilio de la Santa-Alianza; pero Fernando les tenía reservada una perfidia, que coronase dignamente las traiciones de que era reo, y al efecto fingió sentir lo que le habría correspondido hacer para poner el justo término entre una revolución vencida y una reacción furibunda. —Habló tan atinadamente acerca de los intereses materiales de la nación, demarcó con tanta exactitud la situación de los partidos, y espuso con tantas muestras de buena fé lo conveniente que podía ser un sistema como el de la Carta francesa, transacción entre un régimen caduco y una constitución política prematura, que los ministros creyeron al Monarca un ultra-moderado de la escuela anillera, un Apóstol de la comunión que debió su símbolo á Toreno y á Martínez de la Rosa. — Fernando mandó al ministerio que formularse sus ideas en un manifiesto á la nación, que imponiendo un veto indirecto á las pretensiones apostólicas sirviera de prenda de seguridad á los liberales comprometidos, y leído que le fué amplió algunas frases por no parecerle todavía bastante espresivas de sus benévolos desig-nios; diciendo repetidamente que no quería

dejar un pretesto á la incertidumbre respecto á sus intenciones, y dirigiéndose á Valdés con suma bondad le preguntó «¿Crees que los errores y las desgracias nada enseñan?—Cundió en Cádiz la noticia de la buena disposición real y la lectura del manifiesto, que después de un preámbulo, digno de la altura de un gobierno sábio y previsor, concluía por conciliar los intereses, enfrenando las demasías, causó una sensación profunda. Cayeron en el lazo los primeros hombres del liberalismo, y Valdés, el honrado Valdés, despreció algunos avisos anónimos participándole la futura traición del Rey, que le preparaba un patíbulo cuando le había invitado á dirigir la caña del timon del buque, que había de conducirlo al Puerto. Los constitucionales se creían al abrigo de los horrores reaccionarios, y si bien una carta á la francesa no satisfacía sus aspiraciones, la aceptaban como un bien sumo, toda vez que imposibilitase los trabajos de la Regencia absolutista, y fuera un valladar á los sañudos intentos del bando apostólico.—Los ministros liberales atendiendo cuanto les fué asequible á procurar garantías á los comprometidos en la revolución no se cuidaron de sí propios, y sin la generosa desición del almirante francés, que le puso en salvo violentamente, Valdés perece en el patíbulo antes que el malaventurado Riego.

Esperaban á Fernando VII en la playa del Puerto de Santa María el Presidente de la Regencia de Madrid, D. Victor Saez, los embajadores de las potencias que formaban la Santa-Alianza, los grandes mas señalados en la opinión absolutista, Angulema, su brillante estado mayor general, los hijos de San Luis en columnas de honor, conteniendo al pueblo, que lo mismo gritaba un año hacia «¡Viva Riego!» que ahora «¡Viva el Rey absoluto!»—El Rey al desembarcar se precipitó en los brazos del hijo del corazón de Luis XVIII esclamando—«Ah, mon cousin! ¡quel service m'avez vous rendu!» (primo mio; qué favor me habeis hecho!)—Aquella misma tarde circulando aun el manifiesto conciliador de Cádiz, se publicó el famoso decreto de primero de Octubre, que como el de Valencia de 4 de Mayo espresó la índole proterva de un Soberano, cuya historia imprime un borron mas en nuestra galería régia, y cuyo nombre es un argumento contra la institución monárquica. En aquel decreto inolvidable presentándose Fernando como víctima de un bando, acérrimo enemigo del altar y el trono; de la mas criminal traición, de la mas vergonzosa cobardía, se anulaban todos los actos del gobierno, del 7 de Marzo de 1820 á su fecha, aprobándose las medidas de la junta provisional de Oyarzun y

Regencia de la Corte, hasta que D. Victor Saez, Ministro único á los pocos dias, ilustrase el ánimo de S. M. sobre las necesidades del pais.—Fernando dió la señal á sus parciales, y comenzó una matanza periódica peor que un *Saint-Barthelemy*; porque no era un arrebató de furor sino una diversion de cada dia: principiò una série de persecuciones de luctuosa reminiscencia, y apenas hay familia en la Península que no llóre desgracias, que refieren su origen á estas escenas, y á las represalias crueles con que se han vengado despues.

Los bizarros caudillos que sostenian la causa constitucional en su último trance, tuvieron que renunciar á una empresa hasta entonces temeraria, desde entonces de todo punto imposible.—Ciudad-Rodrigo, San Sebastian y Miravete se entregaron exhaustas de recursos defensivos. Pamplona, despues de un sitio riguroso y quince dias de bombardeo capituló ventajosamente. Mina con auxilio de San Miguel, Roten, Milans y otros dignos militares llevó á cabo operaciones que admiraron á su perseguidor Moncey; sosteniéndose de una manera prodigiosa en las ásperas montañas de Cataluña contra el mismo espíritu de aquellos pueblos; pero Manso se vendió al enemigo y su apostasía debilitando la fuerza moral de la heroica falange la hizo

transijir, cuando su ilustre general no contó una sola poblacion en el Principado.—Torrijos y Chapalangarra fueron los últimos que en Cartajena y Alicante sostuvieron la bandera liberal; pero al fin hubieron de poner término á una defensa que á nada podia conducir.—Las capitulaciones no fueron respetadas, y el bando absolutista abusó de la victoria con la enconada sevicia de un partido que no obstante su triunfo comprende que el porvenir le falta; que su prosperidad es esa aparente mejoría del enfermo, crisis precursora de la muerte.

Portugal habia sucumbido pocos meses antes, y la Santa-Alianza preponderó en Europa sobre las ruinas de las libertades públicas.—Monsieur de Chateaubriand dejó satisfecho su compromiso, y su nombre ilustre en la literatura se hizo funestamente memorando en la política; no consiguiendo los fines de su pensamiento de intervencion; porque el espíritu público en Europa refirió el triunfo de los principios absolutistas á la iniciada contrarevolucion española, sin considerar el auxilio francés mas que como un suceso que precipitó el desenlace, y en cuanto al prestigio singular que el autor de los *Natchez* se prometió para los Borbones en la restauracion de la monarquía iberá á sus abusivos poderes, el desengaño no pudo ser mas acerbo.—An-
33

golema, desde su primer paso en la Península se propuso poner término á la Constitución democrática de 1812, pero nunca entronizar el bando apostólico y hacer causa común con aquellos hombres de lo pasado, que hubiesen tornado á la vida, á serles posible, al sombrío Felipe Segundo con sus autos de fé y sus implacables venganzas.—Reducir la Constitución á una carta á la francesa, mañosa transacción entre las formas de la monarquía pura y las fórmulas de la idea liberal, era el conato del Príncipe—Generalísimo, y cuando este leyó el manifiesto del Puerto de Santa-María; cuando vió á Fernando VII rodeado de los seides del fanatismo, demandando crueles castigos y carta blanca para esterminar á los *negros*; cuando comprendió que la Francia no podia contrapesar con sus influjos, encaminados al avenimiento de los intereses en lucha, la influencia maldecida de los infandos apostólicos, entonces partió para París; sin esperar al Rey; sin detenerse en Sevilla; saliendo en posta de la Villa y Corte por no presenciar el suplicio del triste Riego; renegando de las consecuencias del plan en mal hora concebido por el autor de *Los Mártires*.

La historia de Fernando VII es el verdadero martirolojio del pueblo español. El autor de esta humilde crónica renuncia á pre-

sentar el cuadro detallado de los males sin cuento que sufrió España mientras el bando apostólico dominó en su territorio; aun descontento del Rey que no le parecia bastante *realista*; prendado del infante Don Carlos, cuya obcecacion y fanatismo auguraban un retroceso á la época del devoto Felipe Tercero, que con tal de espulsar los moriscos consintió en despoblar los vecindarios y dejar yermas la mitad de las campiñas.—Las comisiones militares ejecutivas, ateniéndose al testo draconiano de la ley de 9 de Octubre de 1824, dieron por resultado el fusilamiento y ejecucion civil de ciento doce personas en diez y nueve dias escasamente; enviando á presidios y galeras á infinidad de desgraciados de uno y otro sexo, yá porque no cuidaron de ocultar un retrato de Riego; yá porque en la intimidad de la conversacion emitieron sus opiniones y un traidor vendía sus palabras á la inexorable Inquisicion política, que tenia facultades para graduar las pruebas *segun su prudente é imparcial criterio*, y no habia de tener en cuenta para atenuar una ley de sangre ni la embriaguez.—La Superintendencia de vijilancia pública introdujo su odioso espionage hasta en el santuario del hogar doméstico para que no escaparan á sus iníquas pesquisas ni las confianzas familiares.—La peor canalla de las poblaciones, bien ins-

cripta en la milicia del realismo, bien organizada en bandos y á las órdenes de desalmados cabecillas, caía sobre los liberales que no daban motivo á que se procediera contra ellos, apaleándolos sin misericordia.—Inútil era quejarse á las autoridades, que aceptaban la cooperacion de los apaleadores, y es indecible el terror que causaban la *partida de la porra cordobesa*, la *gente de la chibata sevillana*, y en Santiago quedó el refran «*En Galicia no hay mas ley que Badía y Asorey*»—*El Restaurador* y *La Gaceta* vomitaban contra los constitucionales imprecaciones cuya lectura incitaba á la tribu apaleadora á redoblar sus brutales atropellos; premiándose á fray Manuel Martinez sus ruidos de fiera hambrienta con la mitra de Málaga.—El púlpito se convirtió en tribuna donde clérigos y monges apostrofaban diariamente al *impto filosofismo*; afectando creer que el pensamiento desamortizador y la abolicion del rito católico eran una propia cosa.—Cada intentona de los caudillos liberales despues de producir víctimas ilustres como Torrijos, el Empecinado y Chapalangarra, redoblaba las persecuciones, aumentando el encono de los realistas.—Cerremos un capítulo que fuera inútil continuar en estos dias, palpitantes aun los lúgubres recuerdos de aquella infausta éra; y presentada como queda la historia de los partidos, que dividen á la so-

ciudad española, personifiquemos las evoluciones de la revolucion en sus tres gefes Don Carlos, Maria Cristina y Espartero, representantes del absolutismo, el réjimen moderado, y el progresista; viniendo á parar por una hilacion consecuente de datos históricos á las jornadas de Julio.—La crónica que sale de nuestra pluma sin ceñirse al orden riguroso de la Historia no omite un punto que conduzca á esplicar la última revolucion en sus antecedentes y suministre indicaciones á los cálculos sobre el porvenir. Bajo este punto de vista es mas que una obra de actualidad un trabajo que populariza la historia de medio siglo. Contando con el favor divino dentro de diez años esta Crónica tendrá un volumen más.